

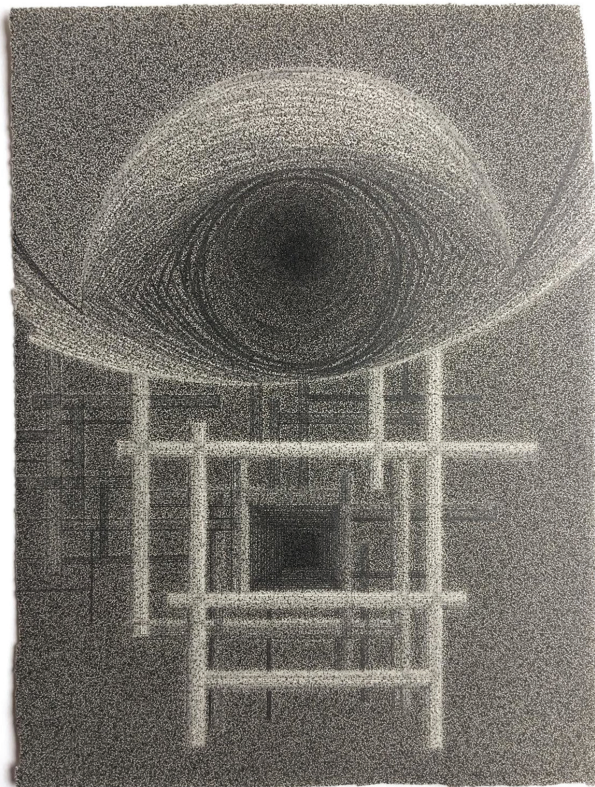
Del sida y sus metáforas

Susan Sontag

“Peste” esta es la metáfora principal con que se entiende la epidemia de sida. Y por efecto del sida, la errónea identificación del cáncer con una epidemia, hasta con una peste, parece alejarse: el sida ha banalizado el cáncer.

Además de ser el nombre de muchas enfermedades horribles, la peste se ha usado metafóricamente durante mucho tiempo como la peor de las calamidades colectivas, el mal, el flagelo —Procopio, en su obra maestra sobre la calumnia, *La historia secreta*, calificó al emperador Justiniano como peor que la peste (“menos se salvaban”)—. Si bien la enfermedad a la que se atribuye permanentemente este nombre produjo la más mortífera de las epidemias conocidas, el que una enfermedad sea experimentada como un despiadado asesino no basta para que se asocie a este con aquélla. La lepra, hoy día rara vez fatal, no lo era mucho más en el auge de su fuerza epidémica, entre los años 1050 y 1350. Y la sífilis ha sido considerada como una peste —Blake habla de la “maldición de la joven Ramera” que “agosta con sus pestes el ataúd del Matrimonio” — no porque matase con tanta frecuencia sino porque era oprobiosa, incapacitante, desagradable.

Generalmente son las epidemias las que se asocian con las pestes. Y se entiende que estas enfermedades masivas son infligidas, no tan solo soportadas. El considerar una enfermedad como un castigo es la más vieja idea que se tiene de la causa de una enfermedad, y es una idea que se opone a todo el cuidado que merece un enfermo, ese cuidado digno del noble nombre de medicina a hacer esto. Hipócrates, que escribió varios tratados sobre las epidemias, descartó específicamente



Carlos Montoya. *Crisol 13*. Tinta y grafito sobre papel. 19 x 15 cm. 2021

“la ira de Dios” como causa de la peste bubónica. Pero no se pensaba que las enfermedades interpretadas en la Antigüedad como castigos, tal la peste en Edipo, fueran vergonzosas como la lepra y más tarde la sífilis. En la medida en que adquirirían significado, las enfermedades fueron calamidades colectivas y juicios a una comunidad. Sólo las heridas y la invalidez, no las enfermedades, eran consideradas como merecidas por los individuos. Para hallar en la literatura de la Antigüedad una analogía con el sentido moderno de una enfermedad vergonzosa y que aísla a quien la padece, habría que recurrir a Filoctetes y su herida hedionda.

Las enfermedades más temidas, aquellas que no son sencillamente letales, sino que transforman el cuerpo en algo alienante, como la lepra y la sífilis y el cólera y (según la imaginación de muchos) el cáncer, parecen particularmente aptas para que se las promueva a la categoría de “peste”. La lepra y la sífilis fueron las primeras enfermedades que llegaron a ser claramente descritas como repulsivas. Fue la sífilis la que, en las primeras descripciones médicas, a fines del siglo xv, generó una de las metáforas que florecen en torno al sida: la de una enfermedad que no sólo es repulsiva y justiciera sino invasora de la colectividad. Aunque Erasmo, el pedagogo europeo más influyente de principios del siglo xvi, describiera la sífilis como “nada más que una forma de lepra” (en 1529 se refería a ella como “algo peor que la lepra”), ya entonces se había comprendido la diferencia entre ambas: la sífilis se transmitía sexualmente. Paracelso se refiere (parafraseando a Donne) a “esa inmundada enfermedad contagiosa que entonces había invadido la humanidad en algunos lugares y que desde entonces lo inundó todo, que en castigo por la licenciosidad general infligió Dios”. Durante mucho tiempo, casi hasta que se le encontró fácil curación, se pensó en la sífilis como castigo por la transgresión de un individuo, algo por cierto no muy distinto de una retribución por la licenciosidad de toda una comunidad, como es el caso del sida hoy en los ricos países industrializados. Al contrario del cáncer, entendido en la modernidad como una enfermedad propia (y reveladora) del individuo, el sida aparece de manera premoderna como una enfermedad propia a la vez del individuo y de este como miembro de un “grupo de riesgo”, esa categoría que suena tan neutral y burocrática y que resucita la arcaica idea de una comunidad maculada sobre la que recae el juicio de la enfermedad.

Desde luego, no todos los relatos sobre la peste o las enfermedades del tipo de la peste sirven

como vehículo de estereotipos espeluznantes acerca de la enfermedad y los enfermos. Durante todo el siglo xviii se intentó pensar crítica e históricamente acerca de la enfermedad (y los desastres en general): digamos, desde *A Journal of the Plague Year* de Daniel Defoe (1722) a *I promessi sposi* de Alessandro Manzoni (1827). La novela histórica de Defoe, que pretende ser un testimonio visual de la peste bubónica en Londres, en 1665, no propone ninguna comprensión de la peste como castigo ni, segunda parte del guion, como experiencia trastrocadora. Y Manzoni, en su larga relación acerca del paso de la peste por el ducado de Milán en 1630, se compromete explícitamente a presentar una visión más fiel, menos reduccionista, que sus fuentes históricas. Pero también estas dos complejas novelas contribuyen a consolidar algunas de las ideas sempiternas y simplificadoras de la peste.

Un rasgo de la versión habitual sobre la peste: la enfermedad siempre viene de otra parte. Los nombres de la sífilis, cuando la epidemia comenzó a barrer Europa en la última década del siglo xv, son una ilustración ejemplar de la necesidad de que una enfermedad sea extranjera.¹ Para los ingleses era el “morbo gálico”, para los parisienses el *morbus Germanicus*, la enfermedad napolitana para los florentinos y el mal chino para los japoneses. Pero lo que puede parecer un chiste sobre la inevitabilidad del chovinismo revela en realidad una verdad más importante: que existe un vínculo entre la manera de imaginar una enfermedad y la de imaginar lo extranjero. Quizás ello resida en el concepto mismo de lo malo que, de un modo arcaizante, aparece como idéntico a lo que no es nosotros, a lo extraño. Una persona infectada siempre está equivocada, como ha señalado Mary Douglas. Lo contrario también es cierto: una persona a quien se considera equivocada es vista, al menos potencialmente, como fuente de infección.

El lugar de origen de las enfermedades importantes, situado en el extranjero, tanto como los

cambios drásticos de clima, puede no ser más remoto que un país vecino. La enfermedad es una especie de invasión, y a veces por cierto la traen los soldados. El relato de Manzoni sobre la peste de 1630 (capítulos 31 a 37) comienza así:

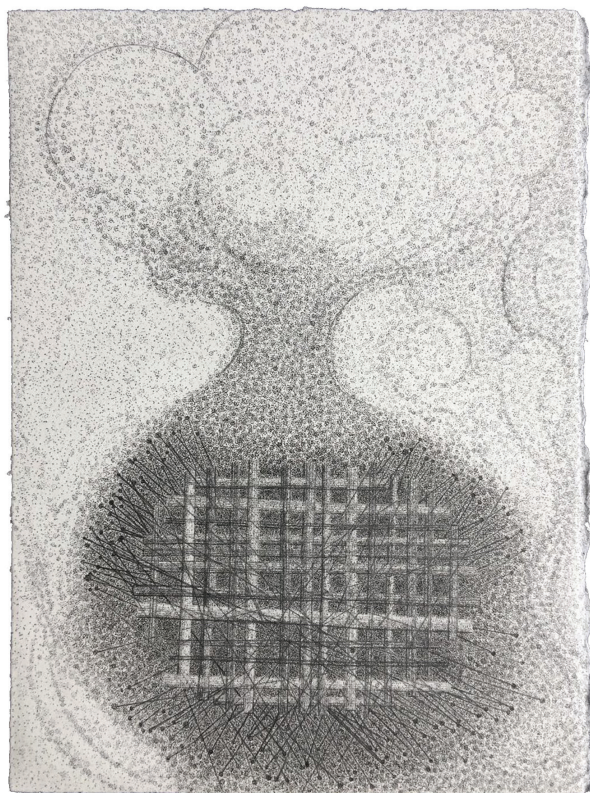
La peste que el Tribunal Sanitario temía entrase en las provincias milanesas con las tropas germanas había efectivamente entrado, como es bien sabido; y es también sabido que no se detuvo allí, sino que continuó invadiendo y despoblado una gran parte de Italia.

La crónica de la peste de 1665, de Defoe, comienza de manera similar, con un torrente de especulaciones presuntuosamente escrupulosas acerca de su origen extranjero:

Fue a comienzos de septiembre de 1664 cuando, con el resto de mis vecinos, oí en el habla cotidiana que la peste había vuelto a Holanda; porque allí se había desarrollado con una gran violencia, particularmente en Ámsterdam y Rotterdam, en el año de 1663, adonde había sido traída, algunos, dizque de Italia, otros de Levante, junto con otras mercancías importadas por la flota turca; otros decían que venía de Candia; otros de Chipre. Poco importaba de dónde venía; todos estaban de acuerdo en que había vuelto a Holanda.

La peste bubónica que reapareció en Londres en la década 1720-1730 había llegado de Marsella, lugar por donde se pensaba en el siglo XVIII que la peste entraba en Europa occidental: traída por marinos, transportada después por soldados y mercaderes. Hacia el siglo XIX el origen foráneo se volvió más exótico, en la medida en que el medio de transporte era más difícil de imaginar, y la enfermedad misma se había vuelto fantasmagórica, simbólica.

Al final de *Crimen y castigo*, Raskolnikov sueña con la peste: “Soñó que el mundo entero estaba condenado a una nueva, terrible, extraña peste llegada a Europa de las profundidades de Asia”. Al principio de la frase se trata de “el mundo entero” que, al final, sólo resulta ser



Carlos Montoya. *Crisol 14*. Tinta y grafito sobre papel. 19 x 15 cm. 2021

“Europa”, asolada por una letal visita asiática. El modelo de Dostoievski es sin duda el cólera, llamado cólera asiático, porque se había hecho endémico durante mucho tiempo en Bengala, se había transformado en epidemia mundial y había perdurado como tal a lo largo de todo el siglo XIX. En parte, la secular idea de Europa como privilegiado centro cultural reside en que se trata de un lugar colonizado por enfermedades mortales que vienen de afuera. A Europa se la supone, por derecho, libre de enfermedades. (Y los europeos se han mostrado asombrosamente insensibles con respecto a la devastación muchísimo mayor provocada por sus propias enfermedades —como invasores, como colonizadores— en el mundo exótico, “primitivo”: piénsese en los estragos causados por la viruela, la gripe y el cólera en las poblaciones aborígenes de las Américas y Australia.) La tenacidad del vínculo establecido entre un origen exótico y las enfermedades más temidas es una de

las razones por las que el cólera, del que hubo cuatro grandes brotes en Europa durante el siglo XIX, cada uno menos mortífero que el precedente, sigue siendo más memorable que la viruela, cuyos estragos fueron creciendo durante el mismo siglo (medio millón de muertos en la pandemia europea de viruela de principios de 1870) pero que, a diferencia de la peste, no podía ser interpretada como una enfermedad de orígenes no europeos.

Las pestes ya no son “enviadas”, como en la antigüedad bíblica y griega, porque la cuestión de quién es el agente se ha disipado. Los pueblos, en cambio, reciben “la visita” de las pestes. Y las visitas son recurrentes, como se da por sentado en el subtítulo de la novela de Defoe, donde se explicita que se trata “de lo acaecido en Londres durante la última Gran Visitación de 1665”. También para los no europeos, una enfermedad letal puede llamarse visitación. Pero una visitación a “ellos” merece invariablemente una descripción diferente de una visitación a “nosotros”. “Creo que esta visitación se llevó casi la mitad de toda la población”, escribió el viajero inglés Alexander Kinglake, llegado a El Cairo en el momento de la peste bubónica (llamada a veces “peste oriental”). “Los orientales, sin embargo, reciben con mayor calma y fortaleza que los europeos las calamidades de esta índole”. *Eothen*, el influyente libro de Kinglake (1844) —subtitulado sugerentemente *Vestigios de viaje traídos de Oriente*—, ilustra muchas de las tenaces presunciones de los europeos acerca de los demás, nacidas de la fantasía de que los pueblos con pocas razones para esperar zafarse de las desgracias tienen una menor capacidad de sentir las. Así es que se cree que los asiáticos (o los pobres, o los negros, o los africanos, o los musulmanes) no sufren o no padecen como los europeos (o los blancos). El hecho de asociar la enfermedad con los pobres —que son, desde el punto de vista de los privilegiados, extranjeros dentro de casa— refuerza la asociación de

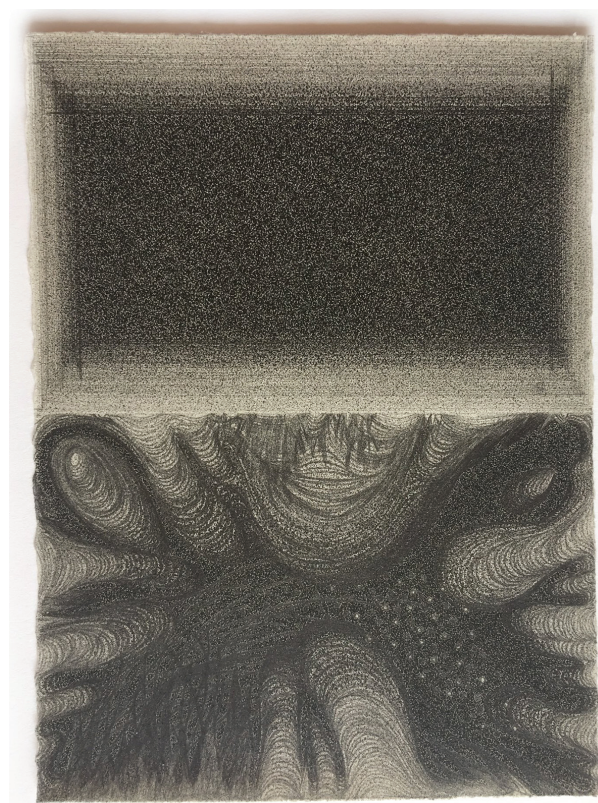
la enfermedad con lo extranjero: con un lugar exótico, a menudo primitivo.

De igual modo se supone que el sida, como ejemplo clásico de peste, nació en el “continente negro”, más tarde se difundió a Haití, luego a Estados Unidos y Europa y luego... Se lo tiene por una enfermedad tropical: otra infección más del llamado Tercer Mundo, lugar en el que al fin y al cabo vive la mayor parte de la población mundial, y también un flagelo de los tristes *tropiques*. No se equivocan los africanos cuando ven estereotipos racistas en muchas de las especulaciones acerca del origen geográfico del sida. (Ni se equivocan cuando piensan que pintar a África como la cuna del sida ha de nutrir los prejuicios antiafricanos en Europa y Asia.) La conexión subliminal que se establece con las ideas de un pasado primitivo y las tantas hipótesis propuestas acerca de la posible transmisión por parte de los animales (¿un mono verde?, ¿la fiebre porcina africana?) no pueden menos que infundir nueva vida a un grupo conocido de estereotipos sobre la animalidad, la licencia sexual y los negros. En Zaire y otros países centroafricanos donde el sida está matando a decenas de miles de personas, la contrarreacción ya ha comenzado. Muchos médicos, universitarios, periodistas, funcionarios y otras gentes de cultura creen que el virus, un descontrolado acto de guerra bacteriológica (cuya finalidad era la de disminuir la tasa de natalidad), ha sido enviado a ese continente desde Estados Unidos y que ahora ha regresado a su país de origen para castigar a sus perpetradores. Una versión africana habitual de esta creencia sobre el origen de la enfermedad sostiene que el virus fue fabricado en un laboratorio de la CIA y del ejército en Maryland, que de ahí fue enviado al continente africano y devuelto a su país de origen por misioneros norteamericanos homosexuales al regresar a Maryland.²

Al principio se supuso que el sida iba a difundirse en todas partes bajo su catastrófica for-

ma africana, y quienes aún lo piensan, tarde o temprano, terminan por invocar la Peste Negra. La metáfora de la peste es un vehículo esencial en las visiones más pesimistas del futuro epidemiológico. De la literatura clásica al periodismo más reciente, la historia canónica de la peste es una historia de inexorabilidad, de inevitabilidad. Los que no están preparados serán tomados por sorpresa; los que observan las precauciones recomendadas también caerán. Todos sucumben cuando quien cuenta el cuento es el narrador omnisciente, como en la parábola de Poe “La máscara de la muerte roja” (1842), inspirada por el relato de un baile en París durante la epidemia de cólera de 1832. O sucumben casi todos, si la historia se cuenta desde el punto de vista de un testigo traumatizado que será uno de los aterrorizados sobrevivientes, como en la novela stendhaliana de Jean Giono *Jinete en el tejado* (1951), en la que un joven noble italiano deambula por el sur de Francia asolado por el cólera en los años 1830.

Las pestes siempre son consideradas como juicios a la sociedad, y la inflación metafórica que ha hecho del sida uno de tales juicios habitúa a las personas a pensar que la difusión mundial del mal es inevitable. Este es uno de los usos tradicionales de las enfermedades de transmisión sexual: describirlas no ya como castigo individual sino colectivo (“la licenciosidad general”). No sólo las enfermedades venéreas han sido usadas de esta manera, con el fin de señalar poblaciones transgresoras o viciosas. Hasta fines del siglo XIX, interpretar cualquier epidemia catastrófica como signo de laxitud moral o decadencia política era tan común como asociar las enfermedades pavorosas con lo extranjero. (O con minorías despreciadas o temidas.) Y la culpabilización nunca es contradicha por los casos que no cuadran. Nadie pensaba que cuando los predicadores metodistas ingleses vinculaban la epidemia de cólera de 1832 con la bebida (el movimiento



Carlos Montoya. *Crisol 15*. Tinta y grafito sobre papel. 19 x 15 cm. 2021

por la sobriedad apenas estaba en sus albores) estuvieran sosteniendo que todos los que contrajeran el cólera debían ser alcohólicos: siempre hay lugar para las “víctimas inocentes” (los niños, las jóvenes). La tuberculosis, en su identidad como enfermedad de los pobres (más bien que de los “sensibles”) también estaba ligada a los reformadores antialcohólicos de fin del siglo XIX. Las reacciones que asociaban las enfermedades a los pecadores y los pobres recomendaban invariablemente adoptar los valores de la clase media: hábitos regulares, productividad y autocontrol emocional, para lo cual se consideraba que la bebida era el impedimento mayor.³ La salud misma llegó a ser identificada con estos valores, religiosos a la vez que mercantiles, pues la salud era prueba de virtud tanto como la enfermedad lo era de depravación. El apotegma según el cual la limpieza aproxima a lo divino debe tomarse muy literalmente. La sucesión de epidemias

de cólera en el siglo XIX coincide con un decremento regular de las interpretaciones religiosas de esa enfermedad; más exactamente, estas últimas coexisten cada vez más con otras explicaciones. Si bien en la época de la epidemia de 1866 el cólera era considerado comúnmente no como un simple castigo divino sino como una consecuencia de defectos sanitarios subsanables, seguía siendo visto como el flagelo de los pecadores. Un escritor declaraba en las páginas de *The New York Times* (22 de abril de 1866): “El cólera es sobre todo el castigo por haber descuidado las leyes sanitarias; es la maldición de los sucios, de los intemperantes y de los degradados”.

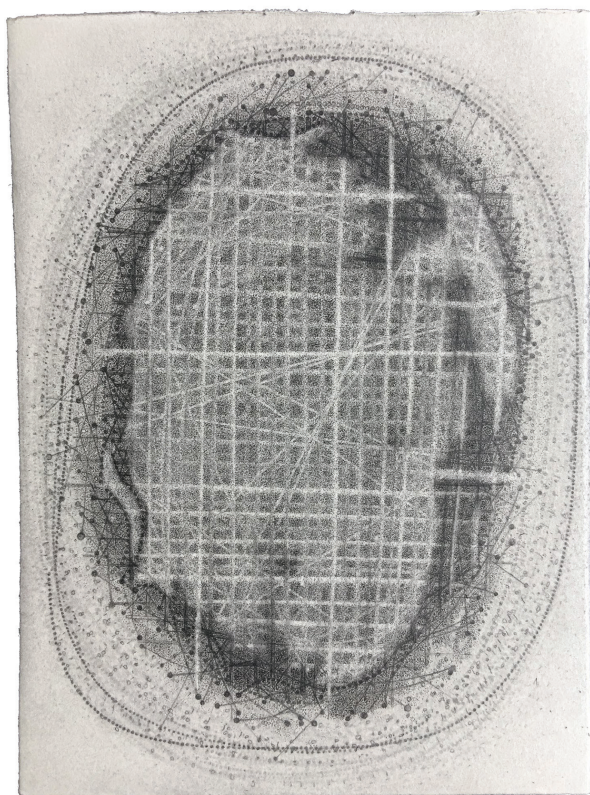
Que hoy nos parezca inconcebible semejante visión del cólera o de otras enfermedades parecidas no significa que haya disminuido la capacidad de moralizar acerca de las enfermedades sino simplemente que ha cambiado el tipo de enfermedad para uso didáctico. El cólera era la última gran enfermedad epidémica en más de un siglo que podía legítimamente aspirar a la categoría de peste. (Me refiero al cólera europeo y americano, es decir decimonónico; antes de 1817 nunca había habido una epidemia de cólera fuera del Extremo Oriente.) Si el criterio principal fuera el número de muertes, la gripe, que se declaraba y mataba de manera fulminante, como la peste, parecería mucho más afín a esta que cualquier otra epidemia del siglo XX, y sin embargo nunca se la representó metafóricamente como peste. Lo mismo ocurrió en el caso de una epidemia más reciente, la de la polio. Una de las razones para ello es que estas epidemias no tenían el número suficiente de rasgos que siempre se ha atribuido a las pestes. (Por ejemplo, se pensaba que la polio era típica de los niños —de los inocentes—.) Pero la razón más importante es que el foco de la explotación moralizadora de la enfermedad se había desplazado. Este desplazamiento hacia enfermedades que pueden ser interpretadas como juicios al individuo hace

más difícil usar las enfermedades epidémicas como tales. Durante mucho tiempo el cáncer fue la enfermedad que mejor satisfizo la necesidad, propia de esta cultura secular, de culpar y castigar y censurar empleando para ello la imagería de la enfermedad. El cáncer era individual, y se lo suponía consecuencia no de alguna acción sino de alguna inacción (falta de prudencia, de autocontrol de una adecuada expresividad). En el siglo XX se ha vuelto casi imposible moralizar sobre las epidemias, salvo las de transmisión sexual.

Es posible mirar desde otro ángulo la pervivencia de la convicción de que una enfermedad pone en evidencia y castiga la laxitud moral o la perversión. Basta observar que persisten las descripciones de los desórdenes y de la corrupción como si fueran enfermedades. Tan necesaria ha sido la metáfora de la peste para juzgar sumariamente las crisis sociales que su uso casi no disminuyó en la época en que las enfermedades colectivas dejaron de ser tratadas de manera tan moralizante —el lapso que media entre las pandemias de gripe y encefalitis de la primera mitad de los veinte y el reconocimiento de una nueva y misteriosa epidemia a principios de los ochenta—, época en que tan a menudo y categóricamente se proclamaba que las epidemias infecciosas eran cosa del pasado. La metáfora de la peste era común en los años treinta como sinónimo de catástrofe social y psíquica. Este tipo de evocaciones de la peste va generalmente acompañado por una vociferante actitud antilibertaria: piénsese en Artaud acerca del teatro y la peste, en Wilhelm Reich acerca de la “peste emocional”. Un “diagnóstico” genérico de esta índole no puede no promover el pensamiento anti-histórico. Teodicea a la vez que demonológica, esta actitud no sólo estipula una emblemática del mal, sino que la hace portadora de una justicia bruta y terrible. En *La peste blanca*, drama de Karel Capek (1937), la repugnante pestilencia que aparece en un Estado donde el fascismo ha tomado el poder afecta sólo a los mayo-

res de cuarenta años, aquellos que pueden ser considerados moralmente responsables.

La obra alegórica de Capek, escrita en vísperas de la invasión de Checoslovaquia por los nazis, es una especie de anomalía: la utilización de la metáfora de la peste para comunicar la amenaza de lo que la corriente principal del progresismo europeo define como barbarie. La misteriosa y horrible enfermedad que cunde en la obra se parece a la lepra, una lepra rápida, invariablemente letal y que se supone llegada, claro está, de Asia. Pero a Capek no le interesa identificar el mal político con la incurción de lo foráneo. Capek se apunta logros didácticos al enfocar no ya la enfermedad sino la manipulación de la información por parte de los científicos, los periodistas y los políticos. El especialista más famoso arenga a un periodista ("La enfermedad del momento, sabe usted. Más de cinco millones han muerto hasta la fecha, veinte millones la padecen y quizá tres veces más llevan a cabo sus tareas cotidianas alegremente inconscientes de las manchas marmóreas que tienen en el cuerpo"); reprocha a un colega por usar la terminología popular, "peste blanca" y "lepra de Pekín" en lugar del nombre científico, "síndrome Cheng"; sueña acerca de cómo la labor de su clínica en la identificación del nuevo virus y la curación de la enfermedad ("todas las clínicas del mundo tienen un programa de investigación intensiva") incrementará el prestigio de la ciencia y supondrá el premio Nobel para su descubridor; celebra hiperbólicamente lo que parece el hallazgo de una curación ("fue la enfermedad más peligrosa de la historia, peor que la peste bubónica"); y traza planes para enviar a quienes tengan síntomas a campos de detención bien vigilados ("Puesto que cada portador de la enfermedad es un difusor en potencia, debemos proteger a los no contaminados de los contaminados. En este sentido, todo sentimentalismo es fatal y por consiguiente criminal"). Por caricaturescas que parezcan las ironías de Capek, no son un esbozo improbable de una



Carlos Montoya. *Crisol 16*. Tinta y grafito sobre papel. 19 x 15 cm. 2021

catástrofe (médica, ecológica) en tanto que manipulación de un acontecimiento público en la moderna sociedad de masas. Y por poco convencional que sea su uso de la metáfora de la peste como agente justiciero (al final la peste mata al propio dictador), la sensibilidad de Capek en materia de relaciones públicas lo lleva a hacer explícita la comprensión de la enfermedad como metáfora. El eminente médico declara que los logros de la ciencia nada son comparados con los méritos del dictador, quien está a punto de ir a la guerra y que "ha evitado un flagelo muchísimo peor: el flagelo de la anarquía, la lepra de la corrupción, la epidemia de la libertad bárbara, la peste de la desintegración social que zapa letalmente el organismo de nuestra nación".

La peste de Camus, publicado una década más tarde y que representa un uso mucho menos

literal de la peste por otro gran europeo progresista, es tan sutil como esquemática es *La peste blanca* de Capek. La novela de Camus no es, como suele afirmarse, una alegoría política en la que el estallido de la peste bubónica en un puerto mediterráneo represente la ocupación nazi. Esta peste no es justiciera. Camus no protesta contra nada, ni contra la corrupción ni contra la tiranía, ni siquiera contra la mortalidad. La peste es ni más ni menos que un acontecimiento ejemplar, la irrupción de la muerte que da seriedad a la vida. Su uso de la peste, epítome más que metáfora, es distanciado, estoico, alerta; no se trata de hacer un juicio. Pero, al igual que en la obra de Capek, los personajes de la novela de Camus afirman lo impensable que es una peste en el siglo xx... como si el creer que semejante calamidad no pudiera suceder, no pudiera suceder nunca más, significara todo lo contrario.

Notas

- 1 Como se comenta en las primeras relaciones sobre la sífilis: “Esta enfermedad recibida de diversos pueblos que le dieron nombres diferentes”, escribe Giovanni di Vigo en 1514. Como los anteriores tratados sobre la sífilis, escritos en latín —por Niccolo Leonicensino (1497) y Juan Almenar (1502)—, el de Di Vigo la llama *morbus Gallicus*, enfermedad francesa. (Fragmentos de este y otros relatos de la época, inclusive *Syphilis; O una Historia poética del mal francés* [1530] por Girolamo Francastoro, que introdujo el nombre que prevaleció, pueden hallarse en *Classic Descriptions of Disease*, ed. Ralph H. Major [1932].) Desde un principio fueron numerosas las explicaciones moralizantes. En 1495, un año después de que se declarara la epidemia, el emperador Maximiliano promulgó un edicto que declaraba que la sífilis era una enfermedad enviada por Dios para castigar los pecados humanos. La teoría de que la sífilis venía de un país no fronterizo, que era una enfermedad totalmente nueva en Europa, una enfermedad del Nuevo Mundo traída al Viejo Mundo por los marinos de Colón contagiados en América, se convirtió en la explicación aceptada del origen de la sífilis en el siglo xvi y sigue teniendo amplia aceptación. Vale la pena señalar que los pri-

meros autores especialistas en la sífilis no aceptaban esta dudosa teoría. *El Libellus de Epidemia, quam vulgo morbum Gallicum vocant*, de Leonicensino, comienza por examinar la cuestión de “si el mal francés, bajo otro nombre, estaba difundido entre los antiguos”, y afirma que así lo cree firmemente.

- 2 Puede que el rumor no se originase en una campaña de “desinformación” propiciada por la KGB, pero recibió un envión crucial por parte de los especialistas soviéticos en propaganda. En octubre de 1985, el semanario soviético *Literaturnaya Geoda* publicó un artículo donde se afirmaba que el virus del sida había sido inventado por el gobierno norteamericano en sus investigaciones para la guerra biológica llevadas a cabo en Fort Detrick, Maryland, y se estaba disseminando en el extranjero a través de los soldados de Estados Unidos usados como conejillos de Indias. La fuente citada era un artículo de una revista de la India, *Patriot*. Esto lo repitió en inglés la “Radio Paz y Progreso” de Moscú, y lo retomaron los diarios y las revistas de todo el mundo. Un año después figuraba en la primera plana del diario conservador londinense *Sunday Express*, de gran tirada. (“El virus asesino del sida fue creado artificialmente por científicos norteamericanos en unos experimentos de laboratorio que resultaron una catástrofe, y un encubrimiento masivo ha mantenido el secreto hasta hoy”.) Aunque la prensa norteamericana hizo caso omiso, la historia fue reciclada en casi todos los países. No antes del verano de 1987 apareció en diarios de Kenia, Perú, Sudán, Nigeria, Senegal y México. Desde entonces, la política de la era Gorbachov ha provocado un desmentido oficial por parte de dos eminentes miembros de la academia soviética de las ciencias, publicado por *Izvestia* a fines de octubre de ese año. Pero se sigue machacando con el cuento, de México a Zaire, de Australia a Grecia.
- 3 Según el diagnóstico más amplio apoyado por los reformadores seculares, el cólera era el resultado de una mala dieta y la “indulgencia con los hábitos irregulares”. Los funcionarios del Consejo Sanitario Central de Londres advertían que la enfermedad no tenía ningún tratamiento específico, y aconsejaban prestar atención al aire puro y la limpieza, si bien “los verdaderos preservativos son un cuerpo sano y una mente alegre y serena”. Citado en *Cholera* 1832, R.J. Morris (1976).

Tomado de Sontag, S. (1996). *La enfermedad y sus metáforas / El sida y sus metáforas* (Mario Muchnik, trad.) (parte V, pp. 63-69). Taurus.